

SALVAGUARDAR LA SACRALIDAD DE LA LITURGIA

El Vaticano II -su renovación litúrgica en concreto- ha sido sin duda una de las facetas más brillantes de nuestro reciente eclesial. La liturgia, por lo menos en lo que se refiere a los modos con que ésta figura en libros litúrgicos actuales -no nos atreveríamos a decir lo mismo de cada una de sus realizaciones- son expresión valiosísima del misterio cristiano y tienen una transparencia incomparablemente más evocativa que los modos celebrativos usados en las épocas que nos precedieron. De ello, pensamos, nadie ni duda ni podría poner en tela de juicio.

Pero el más mínimo sentido de honesta humildad debe reconocer que, junto al resplandor que emana de la reciente reforma litúrgica, se dan también algunas sombras. Aquí topamos de nuevo con el conocido adagio de que *la historia se repite*. Nuestra época repite, en no pocos aspectos, los avatares de los días que siguieron al concilio tridentino. En ambos casos, junto a una renovación clarificante, surgen interpretaciones parciales, opacas y empobrecedoras. Por poco que se conozcan las prácticas litúrgicas pretridentinas -entremezcladas de supersticiones y expresiones teológicamente más que dudosas- a las que el tridentino puso fin, no podrán dejar de valorar la admirable obra litúrgica del Concilio del siglo XVI. Pero a esta purificación tridentina siguió toda una serie de interpretaciones parciales y partidistas que ofuscaron el resplendor de Trento y de su renovación litúrgica. Este es un hecho innegable y que urge a distinguir entre «liturgia tridentina» y actuaciones posteriores, a veces atribuidas a Trento pero, en realidad, absolutamente ajenas a la voluntad del Concilio.

Nuestra situación postconciliar es más parecida a la época postridentina de lo que muchos quizá imaginan. En la práctica litúrgica de nuestros días se han infiltrado también no pocos elementos totalmente radicalmente ajenos no solo a la letra sino también al espíritu de la reforma del Vaticano II.

Hacer un elenco completo de las excrecencias postconciliares en abierta oposición con los deseos del Vaticano II sería sin duda altamente iluminativo. Pero un escrito de tal embargadura ni corresponde a la naturaleza de un Editorial ni sería posible en un espacio limitado como el que nos brindan estas páginas. Nos limitaremos, pues, aludir a uno solo de estos fenómenos «desacralizantes»: el de la progresiva *secularización de la liturgia*. desacralización que amenaza desfigurar -que de hecho desfigura o por lo menos debilita- la identidad de muchas celebraciones litúrgicas.

No abogamos por supuesto en pro de una sacralización de los valores humanos, ni mucho menos quisiéramos atentar contra aquella autonomía de las realidades temporales que, con valentía, defendió el Vaticano II, sobre todo en la Constitución *Gaudium et Spes*. Simplemente queremos subrayar que la liturgia tiene también, como los valores humanos, su propia autonomía y que ésta también debe ser debidamente respetada. Si la autonomía de lo humano exige que se respeten sus valores propios, también la autonomía de lo religioso -de la liturgia cristiana en nuestro caso- exige que se respete su ámbito de identidad sagrada, sacramental y, por supuesto, diferenciada de los modos seculares. Julián Marías decía agudamente al respecto que «la naturalización de lo religioso era su máxima desnaturalización» (Problemas del cristianismo, BAC minor, p. 71).

Es evidente que hoy asistimos a una debilitación, por lo menos ambiental, de la fe -y ojalá que esta debilitación no pase de lo simplemente ambiental!- que tiene fuertes resonancias en la liturgia. Los modos seculares tienden a invadir la celebración: modos de hablar artificialmente familiares, por ejemplo, para huir de unos pretendidos tonos *hieráticos* y *sacrales*, supresión creciente del mayor número posible de elementos simbólicos (incienso, agua bendita...), deseos insistentes para que la celebración se parezca lo más parecido posible a la vida de cada día, son otros tantos pasos progresivos en contra de la identidad propia de la liturgia como acción sagrada.

El Magisterio ha denunciado repetidamente el peligro. La Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), por ejemplo, advirtió (55) que debía distinguirse muy bien entre legítima secularización de las realidades tempo-

rales -a esta secularización el Vaticano II la llamó «Autonomía de las realidades humanas»- y aquel inaceptable secularismo que se empeña en convertir en mundanas las cosas sagradas. En la misma línea habló también el Sínodo episcopal de 1987 (Proposición 35).

Poco después, en 1979, la Instrucción sobre la formación litúrgica en los seminarios, afirmó que era precisamente en la formación litúrgica de los aspirantes al ministerio donde podía hallarse el mejor remedio contra el secularismo penetrante (3). Juan Pablo II al año siguiente levantó su voz en la carta *Dominicae cenae*, recalcando la sacralidad de la liturgia-el «*Sacrum*», como decía el Papa-, matiz intrínsecamente inherente a la eucaristía (8).

Aludamos a un dato especialmente visible y constatable que patentiza este lento pero progresivo secularismo que invade la liturgia; hoy cada vez es más frecuente que en las catedrales y grandes iglesias, testimonios de la fe cristiana de las generaciones pasadas y que continúan teniendo como finalidad principal la celebración litúrgica, se presenten y se visiten también bajo el prisma de la historia y del arte. Esta faceta histórico-artística no puede ciertamente olvidarse y la Iglesia tiene el grave deber de cuidar y velar para que nada se pierda de este ingente tesoro. Pero se trata, con todo, de algo secundario con referencia a la naturaleza y finalidad de los edificios cristianos. Ahora bien: con demasiada frecuencia lo que es secundario -el aspecto artístico y monumental del edificio- se impone sobre su carácter sagrado y funcional al servicio de la oración cristiana. Con ello el edificio *sagrado* aparece más como testimonio de una época pasada (y para muchos «superada», por no decir «mítica») que como lugar para la asamblea orante de los fieles. El cristianismo por este camino se va identificando progresivamente con un simple fenómeno artístico o estético.

En muchas de las iglesias con especial resonancia histórica o artística figuran con frecuencia descripciones detalladas para que el «público» quede informado de la historia del monumento. Hasta aquí ello es correcto. Pero junto a esta información falta en cambio toda alusión al significado que el edificio tiene para los «fieles» de hoy que deben mirarlo más como lugar celebrativo que como monumento artístico de otras épocas.

Este verano visitamos casualmente una catedral con un bonito baptisterio. Junto a la fuente bautismal, tallada en el siglo XIV en vistas a la regeneración de los nuevos cristianos, había un rótulo describiendo a grandes rasgos la historia de la fuente. Nada en cambio se decía sobre el significado de este

importante elemento de la catedral cristiana. ¡Qué diferencia entre esta información y las inscripciones que aún hoy podemos leer en muchas fuentes bautismales antiguas! La preciosa fuente a la que aludimos, por otra parte, -así lo relató el guía- ya no se usaba. Para bautizar se empleaba simplemente una vulgar palangana.

En absoluto nos oponemos a que en un lugar discreto se relate la historia del monumentos. Pero no podemos consentir en que se olvide subrayar -y de modo más llamativo que la nota histórica- que la fuente bautismal no es un simple testigo de otras épocas sino una realidad palpitante del hoy del seno maternal de la Iglesia. Nos hubiera gustado, por ejemplo, que en la fuente bautismal a la que nos referimos, figurara, y con mucho más realce que la noticia histórica, por ejemplo, una frase nutritiva de la fe: «Aquí, los creyentes, al sumergirse en este baño, se asocian a la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva». O bien: «Aquí, a los hombres, a quienes se les habían cerrado las puertas del paraíso, se les abren las puertas de la Iglesia, y entran a la vida espiritual; aquí hallan el baño saludable y purificador que los limpia de la antigua mancha del pecado» O aún: «El torrente del agua de esta fuente elimina toda culpa, para que nazcan nuevas virtudes; aquí mana aquella fuente que brota del costado de Cristo, cuyas aguas proporcionan vida eterna»

P. F.